las sublevaciones del partido centralista y fanático, como la acaudillada por Domínguez en San Juan del Rio, hasta que Santa-Anna, ya unido á aquel, envió en 1834 al coronel Franco con fuerzas de México para arrebatarle el gobierno de Querétaro.

Ignacio Ramírez, pues, fué educado desde su infancia en las ideas patrióticas y liberales más puras, al lado de su padre, uno de los patriarcas de la Democracia y de la Reforma en nuestro país, y como dice un biógrafo, "*desde muy niño se sintió arrastrado por las tempestades políticas*," pudiendo asegurarse que desde entónces se templó su espíritu para la lucha que debia sostener durante su vida entera, contra aquella faccion de la que su padre habia sido el enemigo constante y resuelto.

A consecuencia seguramente de aquel trastorno político, que obligó á emigrar de Querétaro á la familia del jóven Ramírez, éste, que habia comenzado sus estudios en la ciudad expresada, vino en 1835 á continuarlos á México en varios colegios, pero principalmente en el de San Gregorio, el más famoso á la sazon de todos, á causa de estar dirigido por el célebre pedagogo y liberal D. Juan Rodríguez Puebla, gran protector de la raza indígena y amigo y correligionario del antiguo gobernador de Querétaro.

Allí siguió Ramírez lo que se llamaba entónces *Curso de artes*, entrando despues á estudiar Jurisprudencia hasta concluir su carrera de abogado, y distinguiéndose siempre entre sus compañeros por sus extraordinarios talentos.

Pero el jóven escolar no se limitaba á adquirir estos conocimientos obligatorios. Su sed de saber era inmensa, y para satisfacerla se consagró, tanto en la excelente biblioteca anexa al Colegio de San Gregorio, como en la de la Catedral y en otras que habia entónces, á una lectura constante, apasionada, mortal, por espacio de ocho años consecutivos, sin concederse la menor distraccion, lo cual hizo que se contara entre sus colegas, que habiendo entrado en esas bibliotecas erguido y esbelto, salió de ellas encorvado y enfermo; pero erudito y sabio, eminentemente sabio.

En efecto, habia devorado allí obras de todo género; se habia dedicado al estudio de todas las ciencias. Matemáticas, Física, Química, Astronomía, Geografía, Anatomía, Fisiología, Historia natural, Jurisprudencia, Economía política, Historia de México, Historia general, Filología, todo, hasta la Teología escolástica le era familiar. "*El que dude de esta aseveracion*, nos decia el prefecto del Instituto, *no tiene más que discutir con él*." El que dude todavía, digo yo, no tiene más que preguntar á los que recuerdan con asombro las luminosas y variadas discusiones en que tomó parte, en las Sociedades científicas, en los Liceos, en las Escuelas Nacionales, en la prensa, en las conversaciones privadas; y sobre todo, no tiene más que consultar sus obras, hoy reunidas, aunque no completas.

Además, Ramírez no se contentaba, durante su juventud, con asumir estos conocimientos teóricos, sino que, espíritu esencialmente práctico, frecuentaba los pocos gabinetes, observatorios y laboratorios que exis-

tian en aquel tiempo, á fin de completar con la experiencia las nociones adquiridas en los libros.

A causa de la extension admirable de tales conocimientos, y quizás de las tendencias revolucionarias del jóven estudiante, ó de la aguda ironía que caracterizaba ya su estilo, sus compañeros, y aun sus profesores de San Gregorio, que habian comenzado por motejarlo como volteriano, acabaron por verlo sin envidia, por admirarlo y por llamarlo el Voltaire de México, nombre que despues se generalizó.

Ciertamente, Ramírez, tan terrible como Voltaire en su empresa de destruir el pasado, debia ser más feliz que aquel filósofo como revolucionario, pues iba á ver triunfante y gloriosa la gran revolucion de Reforma en su patria, de la cual él fué el precursor más atrevido y uno de los principales autores.

Ántes de concluir su carrera, pero cuando habia adquirido ya gran reputacion entre sus compañeros, Ramírez tuvo oportunidad de dar á conocer sus talentos en un círculo más ámplio y que ejercia mayor influencia en la opinion pública. Los Lacunzas, D. José María y D. Juan, abogados de notable capacidad, antiguos alumnos del Colegio de San Juan de Letran y aficionados á las Bellas Letras, habian fundado en 1836, unidos á varias personas ilustradas, una Academia, que celebraba sus reuniones en el mismo colegio y que pronto alcanzó fama, tanto por la novedad de su carácter, pues las letras patrias no habian tenido hasta allí, al ménos despues de la Independencia, ningun centro de trabajo, á no ser el de la Academia fundada por el poeta

Heredia, que duró poco, como por el impulso que dió á los estudios literarios en México, hasta allí vistos con injusto desden.

En esa Academia, pues, y previamente aceptado como socio de número, se presentó Ramírez un dia. Hé aquí cómo describe el elegante escritor D. Hilarion Frías y Soto esta entrada, tan solemne como notable: "A pesar, dice, de que reinaba un altivo exclusivismo en el seno de aquella Academia, que no dejaba ingresar á ella á los neófitos de las letras sino despues de algunas pruebas, un dia se vió penetrar en aquel recinto á un jóven de aspecto sombrío, de rostro prolongado, cuyo color oscuro tenia los reflejos verdosos del bronce por la infiltracion biliosa, cuyos pómulos prominentes denunciaban la raza azteca, cuyo labio grueso se plegaba por una sonrisa burlona y sarcástica, y cuyos ojos centelleaban por unas pupilas brillantes de inteligencia y rodeadas con una esclerótica inyectada de sangre y bílis.

"El traje del jóven revelaba su pobreza, y sus maneras el encogimiento típico del colegial.

"Segun el reglamento de la Academia, el candidato tenia que presentar una tésis de introduccion. Ramírez ocupó la tribuna, y al leer el tema de su discurso, aquellas cabezas cubiertas de canas y de lauros se levantaron con asombro, fijándose todas las miradas con avidez en el jóven orador, que acababa de lanzar en aquel santuario de la ciencia un pensamiento que fulminaba las creencias y los dioses de aquel areópago.

"La tésis de Ignacio Ramírez versaba sobre este

principio: "*No hay Dios; los séres de la Naturaleza se sostienen por sí mismos.*"

"Los sabios y literatos de la Academia, educados unos en la escuela peripatética, que fué lo más avanzado en filosofía que pudo importar España á la colonia; nutridos otros con la dialéctica católica, é inficionados algunos con el enciclopedismo del siglo XVIII, que con cortas dósis y como un contrabando habia pasado á la América latina, salvando la aduana de la conciencia que se llamó el *Index*, al escuchar aquella audaz enunciacion, sintieron el terror del presentimiento de que habia llegado para México la hora de la crísis social, cuya primera trepidacion sacudia el templo y el altar que adoraba un pueblo entero.

"Ramírez, entretanto, desenvolvia en su disertacion una teoría enteramente nueva, fundada en los principios más severos de las ciencias exactas, y deduciendo de una serie inflexible de verdades experimentales la conclusion, inaudita hasta entónces, de que la materia es indestructible, y por consiguiente eterna: en este sistema, podia suprimirse, por tanto, un Dios creador y conservador.

"Cuando Ramírez concluyó de hablar, los académicos se pusieron en pié y felicitaron á aquel colegial oscuro, que envuelto en una capa de sopista, se anunciaba como el apóstol de una revolucion religiosa y filosófica que destruia toda la ciencia universitaria.

"Lacunza dijo, estrechándolo en sus brazos: "Voltaire no hubiera hablado mejor sobre este asunto."

"Lacunza se equivocaba: Ramírez no pertenecia á

la escuela de Voltaire. El gran filósofo del siglo XVIII, el jefe de la escuela enciclopédica de Francia, que con su escepticismo burlon habia herido de muerte las creencias legendarias de un vasto continente, sólo habia sido el demoledor infatigable del pasado, que al levantarse con su genio inmortal sobre un monton de ruinas, ni una piedra llevaba para construir los cimientos del porvenir.

"Sin Voltaire jamas hubieran sido libres ni el pensamiento, ni el hombre, ni el pueblo: todo lo derrumbó con su prodigioso talento: el altar, el trono, la tradicion y la historia apócrifa de las sectas y de la humanidad. Pero al escalar los cielos se detuvo en el dintel, y el filósofo que habia atacado la religion con la duda y el epigrama, se empeñó en probar la existencia de Dios con una ecuacion y con un problema geométrico.

"Ramírez, con una intuicion soberana, casi por un fenómeno inexplicable de adivinacion, llegaba á formular las avanzadas conclusiones que sólo más tarde sentaron los sabios del lado Norte del Rhin y los pensadores de la escuela francesa.

"No hay Dios; los séres de la Naturaleza se sostienen por sí mismos."—Hé aquí el lema con que se anunció Ramírez ante una sociedad retardataria, poco ilustrada, fanatizada por el imperio secular de España.

"Si otro cualquiera hubiera lanzado ese grito de guerra, que atentaba contra un Dios, contra las creencias de una éra y contra la filosofía presidida por Ro-

ma, la divina y la infalible, habria sido tomado como un jactancioso demente.

"Pero Ramírez, tras de su tésis, dejó desbordar un torrente de ciencia que asombró á sus oyentes, que salvando los muros de la Academia, inundó la ciudad y se derramó despues por todo el país.

"México sintió el calosfrio del presentimiento, porque en aquel blasfemo principio se traslucia una revolucion social, que removeria desde sus cimientos la sociedad vieja de construccion gótica, para darle la forma que exigia el progreso humano.

"México, como todos los países latinos, sediento siempre de escándalo y emociones, recoge con avidez la noticia de todo hecho que sale del órden comun: pronto, pues, como dijimos ya, cundió por la ciudad el rumor del tema sacrílego presentado por Ramírez á la Academia de Letran.

"Los pensadores que aceptaron en su fuero íntimo algunas de las ideas de Ramírez, aunque no se atrevieron á hacer pública profesion de ellas, lo respetaron y lo estimaron como un genio superior.

"El vulgo, es decir, la mayoría de la nacion, sobre todo, el clero y las clases acomodadas, en su fanática gazmoñería, con terror veian cruzar á aquel jóven sombrío y meditabundo, tan pobremente vestido. Como las mujeres de Rávena al ver pasar al Dante por las calles, decian nuestros ignorantes timoratos: "*Ese hombre viene del Infierno.*"

"Ramírez, entretanto, abstraido en el estudio, recorria las bibliotecas públicas porque no podia tener libros, y leia todo, y todo lo absorbia, asimilándose una gran dósis de ciencia, con esa seleccion de los talentos superiores que extractan la doctrina, desechan lo excedente y lo falso, concretan, y sobre los conocimientos adquiridos implantan sus propias deducciones."

El biógrafo ha pintado bien el cuadro de la alarma y del azoramiento que causó aquella obra puramente científica, como la Mecánica celeste de Laplace, en la Academia de Letran y en la sociedad de México.

En efecto, la aparicion de ese jóven, que venia á reproducir las doctrinas de Lucrecio en medio de aquellos hombres que rimaban la Biblia, como Carpio y Pesado, que cantaban á la Cruz y á Jerusalen como los Lacunzas, y que aunque no todos viejos ni retrógrados, eran sin embargo creyentes, debió causar no sólo sorpresa sino pavor. Y luego, trasmitida la noticia con la exageracion consiguiente, y sin el contrapeso de la riqueza científica y de la belleza de forma, á una sociedad dominada completamente por las ideas religiosas y por el clero, y en que habian acabado por triunfar los principios intolerantes proclamados por la primera revolucion de *religion y fueros*, era preciso que causase un azoramiento difícil de describir, y que no tardó en convertirse en odio contra el réprobo que así se atrevia á descorrer el velo que ocultaba el santuario de las creencias comunes.

¡Un ateo! Hoy mismo, en el último decenio casi del siglo XIX, en una sociedad más adelantada, en la que se han proclamado como dogmas la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia, y en la que se en-

señan públicamente las doctrinas más avanzadas en Filosofía, la presencia de un hombre que ataca las ideas religiosas, causa todavía grande impresion en su auditorio, siquiera este auditorio sea científico. Júzguese, pues, cuál seria la producida por las teorías de Ramírez, expuestas con la firmeza que da la conviccion, en medio de aquella sociedad compuesta de literatos que habian recibido una instruccion completamente metafísica, y en una época en que los hombres políticos más audaces, hasta aquellos que figuraron despues en la Reforma, hacian alarde todavía de ser hijos fieles de la Iglesia católica romana, y de cumplir aún con los preceptos más triviales de una devocion vulgar.

Ramírez tomó las proporciones de un monstruo á los ojos de esta gente, y el escándalo que los santurrones azuzados por los frailes armaron en torno del jóven estudiante, fué á perseguirlo hasta su retiro. Otro que Ramírez habria acabado por intimidarse ante los efectos de sus doctrinas; pero él, apóstol entusiasta de la libertad de pensamiento, representante avanzado de una nueva éra, estaba resuelto á continuar su obra; su espíritu altivo y honrado se sublevaba contra el estado de cosas político y social que como una atmósfera deletérea ahogaba al pueblo mexicano en aquella época. Porque aquella fué precisamente la época nefasta de las revueltas vergonzosas, de los motines pretorianos pagados en las sacristías, que ensangrentaron el país en provecho del clero y de los ricos, y que tenian por resultado inevitable la muerte de las libertades públicas y la extenuacion nacional, ante el extranjero que nos acechaba.

Ramírez habia visto caer así el sistema federal y levantarse el centralismo, que era el predominio de las clases privilegiadas; habia visto pasar, en ménos de diez años, las dictaduras de Santa-Anna, de Barragan y de Corro, el segundo gobierno de Bustamante con su despotismo interior y sus bajezas con el gobierno de Luis Felipe; de nuevo el gobierno militar de Santa-Anna y de sus tenientes Canalizo y Bravo, que pisoteaban toda representacion nacional; el débil y efímero gobierno de Herrera, y por último el brutal gobierno del traidor Paredes, descaradamente conservador y clerical, que desentendiéndose del invasor americano que pisaba ya nuestras fronteras, sólo pensaba en establecer en México una monarquía.

Estos gobiernos, nacidos del motin militar, eran ratificados por las Juntas de notables, es decir, por reuniones de clérigos y de ricachos que nada tenian que ver con el elemento nacional; vivian, aunque tiránicos siempre, minados por las sublevaciones y el descrédito, y rodaban unos tras de otros, cubiertos de vergüenza, de sangre y de cieno. En cuanto á los antiguos Estados de la Federacion, convertidos en Departamentos, impotentes, sin caudillos, sin aliento, al ver la instabilidad de aquellas cosas, se encerraban en un silencio egoista ó se adherian servilmente á esos gobiernos que se sucedian en la metrópoli como vistas disolventes, y que solian á veces no durar ni el tiempo necesario para recibir la adhesion.

Tal era la situacion pública en México cuando Ramírez saltó á la palestra política, lleno de indignacion contra tantos vicios y tantas miserias. Pero para combatir con las potestades sociales interesadas en mantener tal estado de cosas, para sacudir aquel edificio sostenido por instituciones inveteradas y por preocupaciones seculares, era preciso estar cubierto de triple coraza. Ahora bien: Ramírez era un jóven de veinticinco años, apénas conocido, y en la empresa de predicar una regeneracion completa, tanto en el dominio político como en el moral en México, estaba solo, enteramente solo. En ese tiempo, los liberales más exaltados de la República, los enemigos más audaces del centralismo y del clero, apénas se atrevian á pensar en el restablecimiento de la Constitucion de 24, mirándola como la única panacea de los males públicos.

En cuanto al partido moderado, partido mañero y cobarde que se habia plegado al sistema de las Bases Orgánicas y que tenia influjo en el gobierno de Herrera, ese creia que era necesario, para consolidar las libertades, no tocar la religion de Estado, ni los intereses del clero, ni los privilegios del ejército, ni las preeminencias de las clases aristocráticas.

Por eso Ramírez estaba solo, é iba á luchar aun contra aquellos que podian suponerse sus correligionarios. Los avanzados iban á creerlo un soñador; los moderados iban á ser tan enemigos suyos como los mismos clericales.

Por donde quiera iba á encontrar la incredulidad ó el odio. Pero él contaba con su inmenso talento, con

su elocuencia y con su voluntad inquebrantable. Estaba resuelto á todo; á sufrir la persecucion, las prisiones, la miseria, á subir al cadalso, si era preciso, con tal de llevar á cabo su idea de echar abajo aquel estado de cosas, que pesaba sobre el pueblo como una losa sepulcral.

Entónces, pues, comenzó á propagar sus ideas por medio de la prensa, y en union de otròs jóvenes, no tan convencidos, pero sí tan entusiastas como él, fundó un periódico, cuyo nombre es famoso hasta hoy, el *Don Simplicio*, que bajo una forma humorística ocultaba un gran sentido político y social.

El primer número de *Don Simplicio* apareció en 1845, precisamente bajo la administracion del general Herrera y del partido moderado que ocupaba los puestos públicos, tranquilamente unido al partido conservador. En ese primer número Ramírez publicó un artículo editorial que contenia su credo político, el programa de toda su vida, intitulado "*Á los viejos*," sobre el cual llamo especialmente la atencion de los lectores, porque es la condenacion más perentoria de ese pasado de sufrimientos para el pueblo, y el reto más audaz á los legisladores falaces, á las clases explotadoras, á los falsos sabios, á los sacerdotes embaucadores, á los propietarios feudales, á todos, en fin, los que habian oprimido, engañado y explotado al pueblo desde 1821, *ajando así las flores de la Independencia, produciendo los frutos de la discordia y apagando las esperanzas del pueblo entre miseria y sangre.* Así dice el artículo.

Además, en él, Ramírez, que adoptó desde entónces

el seudónimo "*El Nigromante*," con el que fué conocido despues hasta su muerte, léjos de manifestarse partidario de la Constitucion de 24, la condena como ineficaz, como condena todas las que la siguieron. "*En más de media docena de Constituciones*, dice, *que en ménos de medio siglo hemos jurado y destruido, no veo sino infecundos sentimientos de libertad y corrompidas fuentes de ilustracion, brotando bajo la luz y el fuego de la moderna filosofía en corazones monárquicos y en espíritus aristotélicos.*" Por consiguiente, él proclama una revolucion completa, política, religiosa, económica y social, y apela al pueblo, al verdadero pueblo, para realizarla.

No contento con exponer sus principios en la prensa, procuró dirigir á las masas, y en un Club que se organizó en 1846 y que tomó el nombre de "Club Popular," "*expuso*, dice el concienzudo biógrafo D. Francisco Sosa, *las ideas que algunos años despues quedaron consignadas como principios en la Constitucion y en las leyes de Reforma.*"

Pero entretanto el gobierno de Herrera habia caido, en virtud de haberse pronunciado el general Paredes en San Luis Potosí el 14 de Diciembre de 1845, con el ejército que se habia enviado á sus órdenes para combatir al norte-americano mandado por Taylor, que invadia ya nuestro territorio.

Habiendo secundado la guarnicion de México ese infame motin militar, el débil gobierno de Herrera dejó de existir, y Paredes, á pesar de haber dado la espalda al enemigo extranjero, fué proclamado Presidente,

é instaló su gobierno, como se ha dicho ya, cínicamente conservador y monarquista.

Con el objeto de propagar su proyecto de establecer una monarquía en México, y ayudado por el ministro de España D. Salvador Bermúdez de Castro, sostuvo un periódico intitulado *El Tiempo*. Con éste, pues, y bajo la terrible presion que ejercia aquel gobierno sobre la prensa, emprendió el *Don Simplicio* una lucha tenaz y valerosa, lucha que debia terminar, como era de esperarse, dadas las circunstancías, por la supresion del periódico liberal y por la persecucion de sus redactores. El último número del *Don Simplicio* se publicó en blanco el 23 de Abril de 1846, su editor D. Vicente García Torres salió desterrado, y el Nigromante, Guillermo Prieto, Manuel Payno y los demas redactores fueron encarcelados.

Aquí conviene hacer notar la singular coincidencia de haber sido contendores en esta famosa polémica del tiempo de Paredes, los dos periódicos que sostenian dos sistemas extremos: el *Don Simplicio* la Reforma democrática y *El Tiempo* la Monarquía; sistemas que habian de realizarse más tarde, mediante luchas sangrientas, primero aquella, despues ésta, quedando al fin triunfante la Reforma.

Me he detenido adrede en la relacion de esta parte ménos conocida de la vida de Ramírez, porque hoy que han pasado muchos años, que se han desarrollado tantos sucesos y que la Nacion Mexicana ha sufrido una gran trasformacion; hoy que podemos con mirada tranquila medir la influencia que han ejercido los hombres